

IRÈNE  
NÉMIROVSKY  
FUIMOS TAN FELICES  
Y OTROS CUENTOS

TRADUCCIÓN DE MAURO ARMIÑO



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección CLÁSICOS, 11

© Edición y traducción del francés, Mauro Armiño, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU., 2025

Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Fotografía de cubierta: *El alma de la rosa*, 1908 (óleo sobre lienzo). Waterhouse, John

William (1849-1917). Cortesía de Julian Hartnoll / Bridgeman Images

ISBN: 979-13-87624-18-7

Thema: FBC

Depósito legal: M-14943-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

PRÓLOGO DE MAURO ARMIÑO	9
CUENTOS	
<i>Una comida en septiembre</i>	21
<i>Domingo</i>	40
<i>Las orillas felices</i>	58
<i>Un amor en peligro</i>	80
<i>Fuimos tan felices</i>	89
<i>Esperanzas</i>	94
<i>La mujer de Don Juan</i>	116
<i>Como niños grandes</i>	137
<i>El sortilegio</i>	145
<i>... Y todavía lo amo</i>	161
<i>La partida para la fiesta</i>	166
<i>La desconocida</i>	181
<i>El hombre de bien</i>	187
<i>El desconocido</i>	206
<i>La ogresa</i>	222
<i>Aquella noche</i>	237
<i>Las vírgenes</i>	242
<i>Un bello matrimonio</i>	256

IRÈNE  
NÉMIROVSKY  
FUIMOS TAN FELICES  
Y OTROS CUENTOS

## Una comida en septiembre

Thérèse Dallas se detuvo un instante, miró su rostro reflejado en el estrecho espejo encastrado entre dos vitrinas, suspiró, cruzó rápidamente la calzada. Esa mañana de septiembre el calor era de pleno verano; bajo el ardiente sol, el maquillaje se derretía lentamente sobre la piel cansada. En las mejillas, todavía puras en los rasgos pero hinchadas, abotargadas por la cuarentena que se aproximaba, los polvos y el colorete formaban una superficie lisa y cremosa como la de una bella porcelana fina; pero, alrededor de los ojos, de la boca de comisuras profundamente hundidas, aparecían las primeras grietas.

«Cuarenta años mañana», pensó Thérèse.

Caminó más deprisa. Había pocos transeúntes, septiembre estaba empezando. Los árboles ya tenían las hojas rosas de otoño; pero el sol era intenso; el aire, opresivo. Los vendedores ambulantes empujaban sus carretas a lo largo de las aceras y las flores deterioradas colgaban fuera de unos jarrones estrechos de hojalata verde que las contenían. Mientras tanto, el otoño se reconocía por una abundancia de uvas moscatel, y de peras ya maduras y bellas en los laterales amarillos pintados de rosa.

Thérèse franqueó el umbral del pequeño bar inglés donde los Dallas iban desde hacía muchos años. Una joven pelirroja descargaba de una camioneta detenida delante de la puerta largos panes dorados.

Sonrió, preguntó:

—¿No está con usted el señor Dallas?

—Se ha marchado esta mañana, May —dijo Thérèse.

Entró. La oscura salita estaba impregnada como de costumbre de un perfume delicioso, apenas perceptible de fino y viejo

licor. Un vaho azulado cubría los espejos como el polvo ligero sobre la oscura piel de las pasas. Era un pequeño bar inglés al que solo iban extranjeros, americanos del norte e ingleses, hombres y mujeres de edad madura en su mayoría, que bebían y comían en silencio y, al encontrarse allí regularmente dos veces al día, solo cambiaban breves saludos mudos de lejos. Se servían huevos fritos con *bacon*, carnes sangrantes preparadas a la inglesa en un plato de tiernas lentejas, arenques ahumados, dorados.

En el pasado había sido el lugar secreto donde Thérèse y François Dallas se encontraban en la época de su noviazgo, veinte años antes. Pero Thérèse apartaba su pensamiento de aquellos días idos... Los recuerdos demasiado dulces se agrían con los años, forman en el alma una especie de depósito dulzón como los posos que los vinos azucarados reservan en el fondo de los vasos.

Ahora se reunían una o dos veces a la semana, a las seis: el despacho de François estaba en la calle vecina. Thérèse se felicitó por haber ido esa mañana, haber escapado al almuerzo solitario en el piso de verano cubierto de fundas y lleno del olor del Fly-tox.<sup>1</sup> Se sentía cansada estas últimas semanas, sin razón. El frescor, la soledad del lugar la relajaban. Miró con amistad las imágenes inglesas de caballos, de cazadores, que cubrían las paredes claras.

La persiana naranja estaba bajada a medias; dejaba pasar todo un haz de rayos que parecían escapar del sol, del empedrado brillante, y que se reflejaban en un gran espejo colgado sobre el mostrador, resplandeciente en la sombra como un escudo de plata.

La joven pelirroja se acercó a Thérèse.

—¿Va comer ahora mismo, señora?

—A mediodía.

—¿Quiere beber algo mientras espera?

1 Insecticida creado en 1922 en Estados Unidos, gozó de gran desarrollo comercial en Francia en la década de 1930. En principio, se usaba en el mercado doméstico contra moscas, pero su eficacia se amplió a otros insectos molestos, como cucarachas, hormigas, chinches, polillas.

—Un zumo de naranja —dijo Thérèse.

Doris, la madre de May —el bar era gestionado por mujeres—, acudió a servirle.

—Señora Dallas —dijo sonriendo—, uno de nuestros clientes más antiguos al que no se había vuelto a ver desde hacía mucho vino ayer. Uno de sus antiguos amigos —añadió tras un momento de reflexión—, ¡qué lástima que el señor Dallas no esté aquí!

—¿De quién habla?

—Del señor Cazeneuve.

—Raymond Cazeneuve —murmuró Thérèse sorprendida, con una melancolía repentina, turbia y profunda—. ¡Ay, Dios mío, qué viejos somos!

Se quedó sola. Rodeó con sus manos calientes el vaso helado. Durante un instante volvió a ver su cara y, al punto, bajó la cabeza, empezó a ordenar maquinalmente los paquetes que había dejado a su lado en la banqueta con un ramillete de caléndulas de corazón negro. Recordó de repente aquel lazo de seda que no parecía suficientemente ancho; deshizo el papel, sacó un extremo del lazo, lo contempló sin verlo, volvió a pensar con esfuerzo en las servilletas de té, tan bonitas, pero tan caras... en el jabón de Marsella que no había sido entregado la víspera... «Las compras, los criados, el dinero... la vida es aburrida. Dios mío, es extraordinario hasta qué punto puede ser aburrida una vida “muy plena”... ¿Por qué? ¡Oh —se respondió mentalmente—: los problemas, las enfermedades, las preocupaciones, el dinero, por encima de todo el dinero... y todas esas cosas... Y, sin embargo, ¿antes? ¿Antes?...».

Y de repente miró el pequeño bar como si buscara en la sombra la imagen de Thérèse Dallas y de François, joven... En aquel tiempo... Bruscamente recordó: en el fondo de sí misma encontró recuerdos olvidados... En aquel tiempo, una vieja echadora de la buena ventura, con ropa de raso negro, sombrero de plumas, iba allí... Llevaba en una redecilla bordada de jade un juego de cartas ennegrecidas, de tarot, como nunca; luego, Thérèse

no había podido ver nada semejante... En aquel tiempo, un viejo negro, que había muerto después o se había marchado, desaparecido hacía años, iba a jugar por la noche. Estaba sentado en ese rincón, a la derecha... Tenía una cara más morena que negra, como café diluido en agua, pelo algo largo, plateado y un bigotito blanco. Sacaba de un banjo —«¿era un banjo, era una guitarra?»— sonidos lastimeros y extraños como el zumbido de una avispa. Seguía viéndolo. Ladeaba la cabeza silboteando y marcaba el compás con el pie que calzaba unos zapatos de charol que crujían.

No estaba tranquilo, como ahora, el pequeño bar inglés. Eran los años veinte... los años de posguerra... Un recuerdo tumultuoso, ardiente y melancólico permanecía en el fondo del alma. Curioso... volvía a ver todo, hasta los castaños en flor en la avenida vecina cuando volvía al amanecer entre François y... Era extraño... todo, salvo la cara de François, joven... Como una máscara, sobre los rasgos de François de veinte años, se superponía en su memoria la figura de François envejeciendo, del delicioso François al que amaba con todo su corazón, pero... Suspiró. «Mi muerte antes que una preocupación, una tristeza, un enemigo para él —pensó con fervor—, mi muerte...». Pero... su lumbago, sus dolores de estómago, sus breves siestas tras la comida... menos que eso, un tic, un espasmo del labio superior, su voz falsa que cantaba todas las mañanas en el baño la misma melodía... François, en el pasado, con su joven rostro ardiente levantado hacia ella... ¡Ah!, bah, era así... Todas las mujeres, todos los matrimonios son parecidos. Por más que cerrara los ojos, apretara los párpados, buscara, encontrara por fin aquel rostro de François joven, ya no despertaba en ella más que un sentimiento de gratitud y de melancolía. El amor... Pensó de nuevo: «Es así, no hay nada que hacer». Miró las pequeñas burbujas plateadas que se formaban en la superficie de su copa, bebió distraída. En aquel tiempo no estaba solo François en su vida... Qué extraño era esto también... Amar locamente a un hombre, pero no pensar en agradecerle solo a él... Vestirse, maquillarse para

agradar a dos hombres, sonreír, inclinar la cabeza, hacer brillar los dientes, los ojos, para agradar a dos hombres... François en primer lugar, Raymond Cazeneuve después... ¡Ah!, no necesitaba buscar mucho tiempo a este en su memoria para ver surgir de las profundidades del pasado su seco rostro bearnés, de sienes hundidas, de ojos burlones y oscuros. El mejor amigo de François, en aquel tiempo, nunca había dicho una palabra, naturalmente, ni hecho un gesto... Sacudió la cabeza con una risita melancólica y burlona, pronto reprimida. «Qué bien le va ese sombrero, Thérèse, esta noche... Está usted especialmente encantadora esta noche...». Palabras de amor... ¿Y ella? Esto había durado dos años durante los cuales, como se dice, «no había sabido nada». Y después él se había marchado... Nada... Cuando quería coger, dispersos en el fondo del pasado, los gestos, las palabras, las sonrisas, solo quedaban palabras insignificantes que podían ser las de una galantería maquinal, de esa coquetería masculina mil veces más perversa y profunda que la de las mujeres... Nada... «Y yo, ¿es posible que lo haya amado?... Amado... Eso no puede compararse con el sentimiento que experimenté, que todavía experimento por François... Pero no se ha vivido hasta los cuarenta años sin saber que hay muchas clases de amor. Amar... no sé... He pensado en él, he estado obsesionada por él... Noches enteras soñaba con él, que me amaba, que me tenía en sus brazos... Es extraño...». Se estremeció y miró nerviosa el umbral con un sentimiento de vergüenza y de angustia. Como en el pasado... En el pasado cuando esperaba a François aquí mismo... «Nuestro amor —pensó— al principio no había sido tan tranquilo, tan estable... La vida no es fácil». Esperaba así y, cada vez que la puerta se abría, que sus ojos miopes creían reconocer, en la silueta del desconocido que entraba, la ropa, el rostro de François, su corazón palpitaba con latidos precipitados («¡qué tonta es una, Dios mío!»), y, cuando por fin aparecía, aquella paz profunda que llenaba su corazón...

—El pasado —murmuró.

Suspiró. Más tarde, había esperado de esa forma a Raymond Cazeneuve. Cuando el matrimonio, la posesión del hombre al

que amaba había secado aquella angustia, aquella fiebre, había esperado igualmente, sentada al lado de su marido, el rostro, el paso de Raymond... «Siempre he tenido sed de inquietud, es raro...».

Levantó la cabeza. Él acababa de entrar. Lo reconoció de inmediato, pasado el primer y pequeño choque de sorpresa, de decepción. Envejecido, engordado... Pero, casi de inmediato, en la figura ligeramente hinchada del hombre de cuarenta y cinco años que tenía delante, con el pelo gris, ralo en las sienes, la fina boca fatigada, dejaron de aparecer los demás rasgos...

Le tendió la mano, él no parecía sorprendido de verla, ni emocionado, sino que una especie de vaga melancolía endulzaba su mirada.

—Doris me había dicho que seguía viniendo usted aquí. Estoy encantado de volver a verla.

—Yo también —dijo ella, y el sonido de su voz alterada la sorprendió.

—¿Y François?

—Bien... sí, está bien —murmuró, y sus labios fríos formaban las palabras con esfuerzo—; está fuera precisamente por cuarenta y ocho horas. ¡Qué lástima!

—Sí —dijo él—, y yo vuelvo a marcharme mañana.

—Qué lástima —repitió ella maquinalmente.

—¿Sigue viviendo en América del Sur?

Él se había sentado a su lado, con un breve «¿Me permite?», y la miraba con atención sostenida.

—¿No se ha casado allí?

Él entornó los ojos; ese movimiento cansado le resultaba familiar; parecía mirar al fondo de su propio corazón. Tenía unos ojos anchos, de un marrón dorado, casi amarillo. En su cara engordada conservaban una extraña belleza que contrastaba con sus largas sienes hundidas, su nariz de escasa armazón y la parte inferior hinchada del rostro.

—No —repitió él lentamente, y levantando la mirada la clavó en el espejo inclinado sobre el mostrador—. Es una sensación extraña volver aquí después de tantos años. Y no ha cambiado

nada... La pequeña May es la imagen de Doris de joven. Pero el negro ya no viene, me han dicho, es una lástima...

—¿No ha vuelto a París desde hace veinte años?

—Sí, a veces... Dos semanas, diez días de paso...

—¿Y nunca ha venido a vernos?

No se disculpó; permaneció en silencio; dio vueltas lentamente entre sus manos el vaso vacío de Thérèse.

—¿Espera a alguien? —preguntó él.

—No, pensaba comer aquí.

—¿Aquí?

Él hizo una mueca. Algunos hombres entraban, se instalaban en los altos taburetes del bar.

Raymond preguntó bruscamente:

—¿Quiere venir a comer conmigo?

—Pues claro —dijo ella lentamente—, es muy amable... me gustaría mucho...

—¿Y dónde?

Ella sonrió:

—Pues donde usted quiera, amigo mío.

—Entonces, vamos.

Él recogió uno a uno los paquetes dejados en la banqueta. Cuando ella se hubo levantado, él la envolvió por completo en una profunda mirada. Luego, sin decir nada, se levantó a su vez, la siguió. Ella caminaba deprisa. Fuera, ya en el umbral, el calor de mediodía se abatía sobre sus espaldas.

—Odioso, ¿verdad? —dijo él.

Su coche estaba parado en el borde de la acera.

—¿Quiere ir a Ville-d'Avray? Siempre hay un poco de fresco que sube del lago.

—Vamos.

Él se puso al volante. Partieron. Ella apartó los ojos de la gruesa nuca que percibía entre el cuello y el sombrero. Había... sí... engordado. Los años parecían plantar a los hombres y a las mujeres en la tierra, llenarlos de una especie de sustancia pesada, hincharlos, colmarlos de carne y de sangre... volverlos más pesados, unirlos mediante mil lazos a esa tierra a la que retorna-

rían. Ella bajó la ventanilla y un viento intenso le azotó la cara. Miró maquinalmente la pobre campiña de los alrededores de París, los prados consumidos, amarillecidos por el sol, de casas rosas en el pasado, ennegrecidas de humo. Cruzaron Saint-Cloud y, solo en la bifurcación de dos carreteras, cuando pasaron el viaducto y ella vio extenderse delante el profundo valle que va de Saint-Cloud a Ville-d'Avray, sintió que se disipaba su extraño embotamiento.

—Una vez —dijo Cazeneuve sin volver la cabeza—, una vez vinimos aquí con usted y su marido, una noche.

Thérèse frunció levemente las cejas con un suspiro ahogado. Sí... Una noche, con François, una mujer muerta después que se llamaba, ¿cómo?... Solange Saint-Clair... y Raymond... Solange Saint-Clair... El recuerdo de su bonito cuerpo frágil tumbado desde hacía tantos años en la tierra, transformado en hierbas, en largas raíces sinuosas, disuelto, desaparecido, hacía parecer más largo todavía el tiempo transcurrido.

Se acordaba de aquel suspiro, aquel «jah!» de satisfacción que habían lanzado, como con el primer trago de agua fresca si se tiene sed por el calor del verano, cuando habían entrado bajo aquella bóveda sombría de árboles, la misma en la que el coche se adentraba en ese momento. Pero hoy el polvo revoloteaba, los autos pasaban a cada instante, todo era distinto. El viento se volvió de pronto tan ardiente y tan intenso que ella hizo un movimiento involuntario como si, realmente, le hubiera rozado la mano una llama. Era tarde, entonces... Habían ido a beber una botella de champán a Ville-d'Avray, era casi el amanecer. El coche era descubierta. Iban lentamente, bebiendo con deleite el aire fresco del alba. Su vestido blanco... Tuvo que hacer un leve esfuerzo para recordar; pero, de golpe, en su memoria surgió la imagen de ella misma, de la mujer de aquel tiempo. Había sido bella en aquella época... o, al menos, joven, radiante, triunfante, sintiendo que a su paso suscitaba la admiración amorosa de los hombres. François la tenía estrechada contra él, la había apretado contra su cuerpo durante toda la ruta, acariciándola con su bella mano cálida y nerviosa. ¿Y el otro?... Se acordaba de aquella excitación apasionada,

de aquella imploración silenciosa, vuelta hacia él: «Mírame. Mírame. Ámame». Aquella voluntad de ser amada despertaba el deseo, el amor. ¿Ahora? ¿Tal vez, ahora, todavía?

«Tengo cuarenta años», pensó.

Aquella noche, veinte años antes, Raymond la había mirado y no había habido nada más. No había hablado, ni reído, había permanecido en silencio y algo sombrío. Ella se acordaba de su rostro vuelto hacia ella, de aquella interrogación extraña, inquieta de sus ojos. «Tal vez, simplemente, ¿estábamos algo ebrios los dos?... Él no pensaba en mí sin duda, no pensaba en nada... Quizás... Pero tal vez me amó, me deseó. ¿Quién sabe?».

En Ville-d'Avray, se habían quedado solos un instante. Los farolillos brillaban en los árboles. François y Solange habían caminado hasta el borde del agua. Recordaba la risa de Solange.

—Ah, aquí está profundo.

Hacía más fresco, casi frío. Ella estaba cansada. Había alargado su brazo desnudo sobre la mesa; lentamente él había cogido y levantado su mano. Lentamente la había levantado y después la había dejado caer con un breve suspiro, y había rozado despacio sus anillos.

Y de este contacto insignificante, que ni siquiera era una banal caricia, había subido un calor tan turbador que, todavía ahora, después de tantos años transcurridos, seguía sintiendo su profunda quemadura. ¿Y él? ¿En qué pensaba ahora él?

Con un gesto de su mano levantada mostraba las manos blancas: «Ville d'Avray...».

Se detuvieron como en el pasado hasta un estrecho puente de madera pintado. Una avenida llevaba a una terraza cubierta de bálago, una especie de larga galería donde las salitas privadas formaban pequeños palcos apartados, todos ellos asomándose al lago.

—Por aquí, señora —dijo el *maître* del hotel.

Ella entró. Los tabiques estaban cubiertos de paja trenzada y adornados con grandes espejos, todos rayados con punta de diamantes. Era una antigua casa pasada de moda que databa de la

época en que se iba de París a Ville-d'Avray en victoria,<sup>2</sup> en calesa, y esos nombres de mujeres, sin duda muertas, o viejas acabadas, esas *Coralie*, esas *Marguerite*, esas *Alphonsine* conservaban un encanto extraño. La fechas... Se acercó, leyó: 1886, 1889, suspiró, pasó suavemente la mano por la resplandeciente superficie.

—¿Quiere ver la carta? —dijo Raymond Cazeneuve.

El *maître*, ligeramente inclinado hacia adelante, miraba a Raymond y a Thérèse con penetrante atención, como si buscara en sus rostros los rasgos distintivos que le revelarían sus gustos, sus preferencias, lo mismo que sus edades, sus situaciones sociales, como si, combinando todo eso, hubiera podido conseguir indicaciones para los platos que tendría que sugerirles.

—¿Cangrejos, señor? Le aconsejaría un copa de cangrejos para empezar.

—¿En esta estación? ¿Está seguro? —dijo Raymond.

Miraba alternativamente la carta y la cara del *maître*.

—¿Qué piensa usted, querida amiga?

Ella se volvió despacio; se quitaba el sombrero delante del espejo y los nombres, las fechas, rayadas en la superficie, iluminadas por el sol, centelleaban entre ella y aquella imagen de mujer cansada, a punto de envejecer.

Por instinto bajó los párpados, se volvió ligeramente, dando a su rostro la inclinación que, en el pasado, más la favorecía.

Dijo automáticamente, jugando con la cinta de fieltro anudada en el borde del sombrero:

—¿Por qué no?

—Son excelentes —dijo el *maître*—. Luego *¿brioches à la bohémienne*, señor?

—¿Qué es eso?

—Son —dijo el *maître* señalando lenta y delicadamente en el aire con sus dos manos curvadas en forma de ánfora o de copa— *brioches* vaciados, llenos de *mousse* de fuagrás, de trufas, de champiñones cortados finamente, una especialidad de la casa.

2 La victoria era un coche de caballos de dos asientos, abierto, sin portezuelas y con capota.

—Parece bueno —dijo Thérèse, a la que él interrogaba con la mirada.

Se sentía doblemente embotada; estaba sentada; había echado la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo de su sillón de paja; un viento vivo soplaba en su rostro; los espejos reflejaban las ramas agitadas de los sauces y los profundos y rápidos remolinos del agua.

—¿Y después? Pularda con finas puntas de espárrago o *coq au chambertin*?

—*Coq au chambertin*, ¿verdad, Thérèse? Y después, naturalmente, fresas de la casa, su plato fuerte, fresas con fino champán y nata fresca.

—Cangrejos en pirámide, *brioche bohémienne*, *coq au chambertin* y fresas —repitió a media voz el *maître*.

—Y mándeme al sumiller.

Se quedaron solos. Por un instante sus ojos se encontraron. Una extraña sonrisita entreabrió los labios de Raymond. Quiso hablar, dudó y volvió la cabeza.

—Cuánto tiempo ha pasado —dijo por fin—. ¿Ha vuelto aquí desde entonces?

—No, nunca.

—Delicioso sitio —dijo él en tono muy ligero—, pasado de moda pero delicioso.

Entró el sumiller, presentó la carta. Raymond la estudió atentamente. Cuando se callaba, una fina arruga extraña crispaba su frente entre las cejas.

—Mi querida amiga, tienen un champán incomparable, un Giesler 1904. ¿Quiere comer con champán? Esto —dijo indicando con la uña el nombre en la carta.

De nuevo se quedaron solos. Él dijo:

—Lamentaré toda mi vida no haber conseguido encontrar a François.

—Pero ¿volverá? También él lo lamentará enormemente, estoy segura.

—Ahora no volveré hasta dentro de tres años.

Permanecieron en silencio, buscando vagamente un tema de conversación, pero sin encontrarlo. «Veinte años...», pensaban los dos con un extraño escalofrío, como si, solo ahora, midieran los años transcurridos.

Él dijo lentamente:

—No ha cambiado usted, Thérèse.

—Mi pobre amigo —murmuró ella con una leve sonrisa.

No acabó. Inconscientemente, echó la cabeza hacia atrás, hacia la sombra, allí donde el sol no amenazaba con alcanzar, entre su pelo todavía castaño, oscuro y dorado, la multitud de hilos de plata en las sienes.

Aparecieron los cangrejos, dispuestos en una pirámide escafolata sobre la bandeja de plata, y el antiguo Giesler precioso fue servido.

Desde el primer bocado, ella dijo riendo:

—Dios mío, qué hambre tenía, no me daba cuenta...

—Son pequeños pero excelentes —dijo Raymond satisfecho.

Crujían bajo los dientes y, por primera vez, Thérèse observó sus dientes cortos y blancos a los que parecía que les gustaba morder y triturar. Sus labios... no habían cambiado... Algo secos y siempre como sedientos, y de una forma fina y bella. Brusca-mente, hizo presa en ella un escalofrío doloroso y voluptuoso.

«Qué tontería, Señor, qué tontería», pensó con aflicción. La brusca, la breve llamarada de deseo se enfrió. Él había sorprendido su mirada alzada hacia él y, por un momento, ella creyó ver pasar por sus labios un pequeño temblor, rápidamente reprimido, de deseo... Un momento... ¿O era el champán helado, el champán que subía en oleadas de fuego a su corazón, a sus sienes? «Querría saber únicamente si me amó. Querría saberlo... Después de veinte años, eso ya no tiene importancia, es cierto... ¿Para qué saberlo? Y, sin embargo, cuántas noches he pensado en él, he soñado con él...». Pensó en esos sueños infieles con una sorda agitación de remordimiento. «Ha envejecido, está cambiando... Pero ¿ha amado? Sería estúpido preguntárselo... Todo eso está lejos, acabado, olvidado».

—¿Más champán? Está bueno, ¿verdad?

Ella bebió con rapidez.

«Pero habla, venga, háblame —pensó ella de pronto con ferocidad—. ¡Te amo!...».

Sostenía el vaso entre sus manos temblorosas y bebía, con los ojos entornados. Su rostro se había encendido con violencia y veía muy cerca de ella los ojos de Raymond, tristes y atentos. ¿En qué pensaba? ¿En una oscura venganza? ¿En un pequeño placer refinado de venganza contra la mujer que deseó (una noche, tal vez, una sola noche...) y que era demasiado joven, demasiado feliz, demasiado satisfecha para darse cuenta?

—Estos cangrejos quemar los labios —observó él.

Él pasó la extremidad de sus finos dedos sobre sus labios, y ella creyó sentir en los suyos aquel gusto ardiente de pimienta y alcohol.

—Es un lugar admirable, pero el clima es odioso...

Ella comprendió que hablaba de América y que, sin duda, había respondido.

—A ciertas horas del crepúsculo, en invierno, corrientes heladas de aire recorren las calles. Pero me gusta la primavera y el verano. En verano se duerme enormemente. Es una gran alegría. Solo hay dos alegrías en la vida: la comida y el sueño.

Ella rio con desconsuelo.

—¿De verdad?

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué hace usted? Le estoy contando mi vida.

—Sus viajes, a lo sumo. —Levantó con delicadeza la tapa dorada de su *brioche*—. Yo... Pues bien, como, duermo, y también voy a probarme vestidos a casa de mi costurera, compro toallas y limpia-vasos en enero, en las exposiciones de ropa blanca de casa; dejo París tres semanas al año, en verano; leo, voy al cine... Y ya está. Eso es todo.

Él levantó las cejas con una sonrisa:

—La felicidad se parece a unas vacaciones a la orilla del mar en un verano lluvioso, donde solo el último día ha sido bueno, y eso basta para que se las añore.